Revista

de

Ciencias Económicas

PUBLICACION DE LA FACULTAD DE CIENCIAS ECONOMICAS
CENTRO DE ESTUDIANTES Y COLEGIO
DE GRADUADOS

La Dirección no se responsabiliza de las afirmaciones, los juicios y las doctrinas que aparezcan en esta Revista, en trabajos suscritos por sus redactores o colaboradores.

DIRECTORES

Dr. Alfredo L. Palacios

Por la Facultad

Ernesto Malaccorto

Por el Centro de Estudiantes

Edmundo G. Gagneux

Por el Centro de Estudiantes

REDACTORES

Dr. Enrique Julio Ferrarazzo

Jacobo Wainer

Por la Facultad

Máximo J. Alemann

Por el Centro de Estudiantes

José Rodríguez Tarditi

Por el Centro de Estudiantes

Año XV

Setiembre 1927

Serie II N° 74

DIRECCION Y ADMINISTRACION
CALLE CHARCAS, 1835
BUENOS AIRES

Intercambio comercial con Estados Unidos

El verbalismo ampuloso y carente de significado, ha sido hasta hace poco la única exteriorización de trascendentales problemas que afectan intereses vitales de nuestra producción agraria. Colocados dentro de un estrecho cuadro localista, y dominados por una rutina que es "enfermedad" crónica de las clases agrarias del país, los productores argentinos no han sabido, por mucho tiempo, abarcar el problema agrario en sus vastas proyecciones de producción y de intercambio con los países industriales.

En el número anterior de esta Revista, destacá-bamos la trascendencia que en nuestro ambiente tenían las ideas sobre "Política Económica Internacional", desarrolladas en una serie de conferencias por el presidente de la Sociedad Rural Argentina, ingeniero Luis Duhau, desde el punto de vista de los intereses agrarios. En el presente artículo, que es una ampliación, en base a puntos desarrollados posteriormente, del estudio leído en el Congreso Comercial Panamericano por el ingeniero Duhau, como delegado de la Sociedad Rural Argentina, se analiza el fomento de las relaciones económicas entre Estados Unidos y la República Argentina, y se esboza una teoría de Política Económica Internacional basada en el libre juego de las fuerzas naturales, y en la contratación de una serie de tratados comerciales, tendientes a la supresión de las barreras aduaneras que impiden la expansión de nuestras fuerzas productivas. (N. de la D.).

Panamericanismo e interdependencia económica

El análisis de los problemas de intercambio económico entre los países de nuestro continente, señala, en el Panamericanismo, la existencia de objetivos concretos, sin los cuales las fórmulas internacionales no suelen pasar de meras expresiones de índole sentimental.

No se concibe en verdad, a través de una larga experiencia histórica, cómo habrían de fortalecerse los vínculos políticos y espirituales entre aquellos países, si subsisten y se multiplican las dificultades comerciales provenientes de las restricciones aduaneras que entorpecen su acercamiento económico. Prácticas de esta naturaleza, que destruyen la interdependencia económica entre las naciones americanas y pretenden formar de cada una de ellas una organización autárquica que se baste a sí misma, están en abierta contradicción con el Panamericanismo.

Plasmada la República Argentina en los sanos princi-

pios de la libertad política y económica, tales tendencias no han logrado prevalecer en ella. En un activísimo intercambio internacional, hemos encontrado siempre el mejor estímulo para el desarrollo de aquellas fuerzas productivas para las que el país está mejor dotado. Y promoviendo así su expansión logramos imponer el prestigio de los productos argentinos en las principales naciones del mundo, a cuyas manufacturas hemos brindado en cambio, el fácil mercado de nuestro país. Es así cómo nuestro nacionalismo más genuino descansa sobre la interdependencia económica de las naciones.

El recrudescimiento en los últimos tiempos de las medidas proteccionistas que limitan el intercambio internacional, en desmedro de las propias conveniencias y de los ideales de solidaridad interamericana, destaca la oportunidad y el acierto de la celebración del Congreso Comercial Panamericano, al cual enviarán los agrarios argentinos su representación, compenetrados de las necesidades de su país y del estrechamiento de los lazos económicos que han de ser el verdadero vínculo que una a los pueblos americanos.

Intercambio económico de la República Argentina

Las actividades económicas fundamentales de nuestro país se relacionan estrechamente a su producción agropecuaria; y el enorme volumen de ésta, al ser absorbido sólo en mínima parte por las necesidades internas, se dirige necesariamente hacia el mercado internacional. Producimos, por lo tanto, para la exportación, cuyas alternativas tienen una influencia dominante sobre la economía general del país.

Del valor de las exportaciones, por otro lado, depende el de los productos manufacturados que podamos importar. Es cierto también, que las inversiones de capitales extranjeros se traducen en su mayor parte, en importaciones de mercaderías. Pero los servicios de interés y amortización de esos préstamos, sólo pueden ser pagados mediante el excedente de las exportaciones, sobre las importaciones. De tal manera que todo nuestro poder adquisitivo externo está ligado, en última instancia, al valor de nuestras exportaciones, eso es, al resultado de nuestras actividades agropecuarias. El desconocimiento de esta interdependencia entre importaciones y exportaciones, ha hecho incurrir en graves errores a quienes han pretendido, en forma permanente, reducir las primeras, sin ocasionar mengua alguna a las últimas.

En virtud de tal correlación económica, antes de la guerra exportábamos un volumen cada vez mayor de productos agropecuarios a los países europeos, y les comprábamos, a nuestra vez, cantidades crecientes de artículos manufacturados. Conforme adquiría mayor incremento nuestro intercambio exterior y se consolidaba la interdepen-

dencia entre la Argentina y las naciones extranjeras, acentuábase la prosperidad económica de unos y otros.

* * *

El enorme crecimiento de la industria de los Estados Unidos en los últimos años, al superar la capacidad del consumo interno, ha impuesto la necesidad de buscar los mercados exteriores. Por este proceso se trata también de obtener todas las ventajas técnicas y económicas de la producción en gran escala.

De ahí la importancia reconocida que para los Estados Unidos presentan los mercados Sudamericanos, productores de alimentos y materias primas y grandes consumidores de artículos manufacturados. Entre ellos destácase por sus características económicas la República Argentina.

Anteriormente a la guerra, nuestro comercio exterior se dirigía preferentemente a los países europeos, pero después del año 1914, los Estados Unidos realizan un vigoroso avance comercial en la República Argentina, cuyas consecuencias siguen manifestándose en los últimos años. En 1925, nuestras importaciones procedentes de ese país alcanzaron a constituir el 23,5 o/o del conjunto, contra apenas el 13,8 o/o en 1910. En cambio, la posición relativa de la Gran Bretaña descendió de 31,1 o/o en 1910, a 21,8 o/o en 1925; y la de Alemania, nuestro segundo mercado consumidor, de 17,2 o/o a 11,5 o/o, respectivamente.

El volumen de nuestras importaciones de procedencia Americana es susceptible de expandirse mucho más, pues nuestra capacidad potencial de absorción de artículos manufacturados es enorme.

Tomemos por ejemplo el caso de los automóviles. El Canadá, con una población ligeramente inferior a la nuestra, contaba en 1926 con 837.000 automóviles, en tanto que los de la Argentina no llegaban a 180.000. Hace diez años el Canadá sólo tenía 132.000 automóviles, lo que indica la rapidez de su crecimiento y sugiere a su vez las perspectivas de la Argentina a este respecto. Tales perspectivas están vinculadas estrechamente a la construcción de camiones apropiados, una de las necesidades apremiantes de nuestro país, cuya satisfacción ha debido postergarse en virtud de la declinación de nuestro poder adquisitivo externo, consiguiente al descenso de nuestras exportaciones.

No pueden dejar de interesar estos problemas a los Estados Unidos, cuanto que su gran producción de automóviles requiere el desarrollo intenso de los mercados externos. Según Mr. Herbert Rice, de la General Motors Corporation, la producción de automóviles en Estados Unidos alcanzó en 1925 a 4.000.000 de unidades, de las cuales 500.000 se dirigieron al exterior. El futuro de los mercados externos para la industria de automóviles es primordial porque el consumo de Estados Unidos por haber lle-

gado muy cerca del punto de saturación, no podrá seguir expandiéndose con el ritmo de los últimos años.

Es evidente, por otro lado, que la capacidad adquisitiva de los mercados externos con respecto a los automóviles y otros artículos manufacturados, depende en forma intensa de lo que Estados Unidos compran en dichos mercados. Sin embargo, este país no ha demostrado gran interés en estimular las exportaciones de productos argentinos. Por el contrario, las gravan con fuertes derechos aduaneros que en algunos casos llegan a tener un carácter prohibitivo.

Como resultado de ello, el crecimiento de nuestras importaciones procedentes de Estados Unidos, no ha sido seguido por un aumento paralelo de nuestras exportaciones a este país. De tal suerte que en el quinquenio 1921-25 hemos tenido un balance comercial negativo en nuestro intercambio con la Unión, que ascendió a 861,000,000 de pesos oro.

Compensación triangular de los saldos comerciales

La existencia de un saldo comercial negativo entre la Argentina y Estados Unidos no implicaría un desequilibrio equivalente en el conjunto de nuestro intercambio comercial, en razón del conocido fenómeno de movimiento triangular, de acuerdo al cual ese saldo negativo se compensaría con los saldos positivos que tendríamos con otros países. De tal suerte que el volumen definitivo de las exportaciones, en cualquier caso, sería el mismo, puesto que si, por una parte, comprásemos en los Estados Unidos más de lo que les vendiésemos, por otra parte, venderíamos a otros países más de lo que les compraríamos. Y estos otros países podrían soportar esta situación al vender a los Estados Unidos más de lo que les comprarán.

Pero en la realidad presente, intervienen otros factores no considerados en esta teoría, cuyas conclusiones pierden en gran parte su valor. En efecto, en el quinquenio 1921-25, el conjunto de las exportaciones de la Unión sobrepasó al de las importaciones en 4735 millones de dólares. Lo que nos demuestra que los otros países extranjeros adquirieron de los Estados Unidos grandes cantidades de mercaderías que no pudieron pagar con otros de su propia producción, debido, entre otras causas, a los derechos aduaneros con que se dificultó su entrada. Tuvieron pues que acudir al crédito y a las exportaciones de oro. Explícate así que en el quinquenio citado, las importaciones netas de este metal en los Estados Unidos, hayan subido a 1223 millones de dólares.

La existencia de tarifas obstruye artificialmente, por lo tanto, las compensaciones triangulares del comercio internacional. Por manera que el resto de los países que constituyen el tercer vértice formado por la Argentina y

los Estados Unidos, lejos de vender a éstos más de lo que les compran, para establecer la compensación, realizaron precisamente lo contrario. No obtuvieron, pues, aquellos saldos positivos que habían de reflejarse en su mayor poder adquisitivo con respecto a nuestra producción exportable.

Pero no son en sí mismos los saldos negativos o positivos con diversos países lo que nos preocupa, ni tampoco el desequilibrio de nuestros balances de pagos, en cuyo mecanismo surgen espontáneamente las fuerzas que lo corrigen, sino la existencia de tarifas aduaneras que coartan la expansión internacional de nuestros productos. El intercambio comercial argentino es inferior a lo que pudiera ser, o en otros términos, importamos y exportamos menos de lo que debiéramos. Y si la menor importación reduce los elementos de nuestro progreso material, la menor exportación repercute desfavorablemente sobre nuestras industrias agropecuarias. Y ambos factores, resienten el ritmo de vigoroso crecimiento que la República Argentina experimentaba incesantemente antes de la guerra.

Intensificación del intercambio con los Estados Unidos

El estado precario de nuestra producción, obedece principalmente al descenso del poder adquisitivo de los países europeos, nuestros tradicionales compradores, y a los derechos aduaneros que dificultan su entrada en ciertos mercados externos, singularmente en los Estados Unidos. Las exportaciones de la República Argentina descendieron de 868,000,000 de pesos oro en 1925 a 792,000,000 en 1926, y como nuestras compras dependían principalmente de lo que vendemos al exterior, las importaciones bajaron también de 877,000,000 a 822,000,000 de pesos oro.

Los exportadores americanos serán los primeros en sentir las consecuencias de este descenso que en lo futuro podrá llegar a un bajísimo nivel si no logramos aumentar nuestras exportaciones a los Estados Unidos.

Las restricciones aduaneras, perjudiciales a nuestra economía, han provocado en nuestro país y en grupos de intereses relativamente pequeños en comparación a la magnitud de las fuerzas agrarias, el recrudescimiento de las tendencias proteccionistas, dirigidas a restringir las importaciones de manufacturas extranjeras.

Su realización práctica importaría desviar hacia las industrias fabriles, surgidas de la protección, gran parte de las fuerzas que se dedican o dedicarían a la explotación de la tierra y sus industrias derivadas, no obstante que en la fase presente de nuestro desarrollo económico y demográfico, ellos constituyen las actividades más proficuas del país. Existe desde luego, la posibilidad técnica de establecer algunas industrias manufactureras, pero del punto de vista de la economía nacional, conviene más cambiar

productos agropecuarios argentinos por mayor cantidad de artículos manufacturados extranjeros, que los que obtendríamos en el país, con la misma cantidad de energías consagradas a la industria.

No debe perderse de vista, además, que aparte de los beneficios directos del intercambio, la Argentina deriva una enorme renta del suelo al vender su producción agropecuaria en el mercado internacional. Si el productor individual considera la renta del suelo, bajo su forma de arrendamiento, como factor del costo de producción, encajada colectivamente, esa renta constituye una ganancia neta para el país, tanto más grande cuanto mayor sea la explotación de nuestra tierra y más intensa la demanda de sus productos.

El acrecentamiento de la renta del suelo, al hacer posible una ingente acumulación de riqueza, ofrecerá mañana al país, aquellos capitales cuya presente escasez obliga a los mismos proteccionistas a buscarlos en el extranjero para establecer sus industrias nacionales.

Lejos aún de lo que se designa como tendencia al rendimiento decreciente de la tierra, nuestra producción agropecuaria es susceptible de expandirse considerablemente, tanto por el cultivo de nuevos campos, cuanto por el perfeccionamiento de los procesos de producción, distribución y venta.

País que ha conseguido un altísimo grado de eficiencia industrial, los Estados Unidos requieren exportar de más en más sus artículos al extranjero para aprovechar mejor las ventajas naturales que les son características y obtener el descenso de los costos en virtud de una producción en mayor escala. En cambio, al forzar algunas de las ramas de su producción agrícola para adaptarlas a las necesidades de su creciente población, ha incurrido en costos tan elevados, que los productores marginales han tenido que ser resguardados con derechos aduaneros de la competencia internacional. Se acude pues a las mismas prácticas auspiciadas por los que en la República Argentina pretenden establecer sus industrias protegidas, en detrimento de la economía nacional.

La circunstancia de que la casi totalidad de nuestras exportaciones consiste en productos agropecuarios, ha sugerido frecuentemente la opinión de que es imposible que los Estados Unidos eleven sus adquisiciones en la República Argentina debido a la similitud de la producción de ambos países. Se sostiene, del mismo modo, que en materia de producción agrícola, la Unión estaría en condiciones de bastarse a sí misma.

Existen, sin embargo, dos formas de bastarse a sí mismo: espontáneamente, por el libre juego de las conveniencias económicas, o mediante la ayuda de los derechos aduaneros.

Desde el primer punto de vista, los Estados Unidos no

sólo se bastan a sí mismos con respecto al trigo, el maíz y la carne de cerdo, por ejemplo, sino que exportan el sobrante de su producción al mercado mundial.

Mas no sucede lo mismo en materia de carne vacuna; la tentativa de adaptar su producción en los Estados Unidos a las necesidades de una población creciente, determinó una elevación tal de los costos de producción, que los ganaderos se vieron obligados a solicitar el establecimiento de derechos aduaneros para resguardarse de la competencia externa.

Desde luego que si estos derechos impiden por completo la importación de carne extranjera, los americanos tienen forzosamente que bastarse a sí mismos en su consumo. Pero ese consumo se reduce debido al ascenso de los precios determinados por la tarifa; y si esto se considera como bastarse a sí mismos, es muy fácil demostrar que, con escasas excepciones, los Estados Unidos podrían realizar tal aspiración con elevar los derechos aduaneros hasta que, por un lado, se restringiese el consumo, y por otro, se pudiese desarrollar la producción interna a costos altísimos al abrigo de la competencia extranjera.

Esgrimiendo análogas prácticas, la República Argentina podría prescindir de gran parte de sus importaciones, dedicándose a producir en condiciones onerosas los automóviles, maquinarias agrícolas y otros artículos que hoy adquiere en los Estados Unidos.

Al disminuir nuestras importaciones de productos manufacturados, sin embargo, declinarían necesariamente las exportaciones de productos agrícolas, desde que las segundas, en última instancia, se cambian contra las primeras. De modo que habríamos creado una industria artificial y costosa, a expensas de nuestra agricultura y ganadería. Para conseguirlo, hubiésemos tenido que retraer o desviar nuestras energías de aquellas actividades rurales para las que el país está mejor dotado, con el fin de dedicarlas a actividades mucho menos productivas. Los derechos aduaneros perjudicarían por lo tanto los intereses agrarios y la economía general de la República Argentina, desde que el país, en su conjunto, dispondría de una suma menor de valores que los que obtendría en el intercambio internacional.

Persuadidos de que la riqueza de nuestro país no se ha de generar con tarifas aduaneras sino con la aplicación eficiente del trabajo a sus tierras fértiles, queremos acentuar ese intercambio, aumentar nuestras importaciones, para dar mayor incremento a las exportaciones de productos agrícolas.

Nos convendría, a todas luces, la entrada más activa de artículos americanos en nuestro país, toda vez que se nos diese más oportunidad de vender mayor cantidad de productos argentinos por medio de la rebaja de tarifas.

En tales circunstancias, podrá o no subsistir nuestro

saldo comercial negativo con Estados Unidos, sin que el punto nos preocupe después de los conceptos ya expresados acerca del balance de pagos. El hecho substancial, en cambio, consiste en hacer lo más intenso posible el comercio entre ambos países, en su provecho recíproco.

En otros términos, el crecimiento del comercio internacional determinaría la concentración de las energías de cada país en las aplicaciones que resultan más productivas del punto de vista de la economía nacional: Estados Unidos, en sus industrias manufactureras, sin descuidar aquellas ramas fundamentales de la producción agrícola, que no necesitan protección, y la República Argentina en la explotación de la tierra e industrias derivadas.

La Revisión de las Tarifas Aduaneras

El porcentaje de los derechos aduaneros de la República Argentina sobre el valor efectivo del conjunto de las importaciones, descendió de 20 o/o en 1910, a 15 o/o en 1925.

Nuestra tarifa grava preferentemente los artículos elaborados por la industria. Con respecto a la mayor parte de los que proceden de los Estados Unidos, presenta un carácter fiscal más bien que proteccionista. En efecto, alrededor de la mitad del valor de nuestras importaciones de ese país corresponde a los automóviles y sus accesorios y repuestos, a las maquinarias agrícolas y a diversos productos de la industria del hierro y el acero. No puede existir finalidad proteccionista en los gravámenes que recaen sobre estos artículos, desde que ellos no se producen en el país. Lo que no significa, por cierto, que no haya conveniencia en revisar tales gravámenes y los que afectan otros artículos manufacturados, con el fin de facilitar las importaciones de los mismos y como consecuencia, estimular las exportaciones de nuestros productos.

Por el contrario, la casi totalidad de los derechos que inciden sobre los productos argentinos, en los Estados Unidos, son de un carácter netamente proteccionista, que se convierte en prohibitivo en algunos casos. Tal sucede, por ejemplo, con las importaciones de carne vacuna y manteca argentina, que alcanzan a cantidades realmente insignificantes.

En punto al primero de estos productos, al gravitar nuestro presente exceso de oferta sobre el mercado de la Gran Bretaña, cuyo poder adquisitivo ha descendido, disminuyeron considerablemente los precios, con grave perjuicio de nuestros productores de ganado.

Se cree, generalmente, que si los Estados Unidos rebajaran sus derechos aduaneros, este país se inundaría de productos agropecuarios argentinos. Carece esa opinión de fundamentos concretos, como lo veremos en seguida. El promedio anual de las exportaciones de carne vacuna argentina, en los últimos diez años, alcanzó a 1250 millones

de libras, promedio que no ha de pasar, probablemente, de 1500 millones en los años sucesivos, debido a la liquidación producida por la última crisis. El consumo anual de los Estados Unidos, por otra parte, ha sido estimado en 7.000 millones de libras. Si este país permitiese la entrada de 350 millones de libras de carne argentina por año, esta cantidad apenas representaría la proporción, relativamente pequeña, de 5 o/o de aquel consumo global. En cambio, constituiría el 28 o/o del promedio de la exportación de la República Argentina, en la última década, y el 23,3 o/o de una exportación calculada en 1.500 millones de libras.

Esta proporción de las exportaciones argentinas, desviada hacia los Estados Unidos, bastaría con creces para descongestionar nuestra superproducción, estimular los precios y mejorar el estado económico general del país.

En la Unión, sólo sufriría el pequeño grupo de productores marginales a alto costo, mientras la mayor parte de los ganaderos seguiría abasteciendo aproximadamente el 95 por ciento del consumo nacional. Además, los consumidores se aprovecharían de la rebaja de los precios internos y los manufactureros aumentarían sus exportaciones a la Argentina, debido al incremento de nuestro poder adquisitivo.

Y en esta forma, los Estados Unidos no sólo aumentarían sus exportaciones, sino que podrían adquirir, con la misma cantidad de artículos manufacturados, mayor cantidad de carne argentina que la que obtiene ahora en su propio territorio, forzando artificialmente la producción. O en otros términos, los Estados Unidos pasarían de una actividad cada vez menos productiva, frente a la densidad creciente de su población, a aquellas actividades manufactureras en las que han alcanzado un progreso asombroso. No es necesario insistir sobre las ventajas económicas de este intercambio, pues la historia de los Estados Unidos ofrece un ejemplo concluyente.

Atribúyese con acierto su prodigioso desenvolvimiento económico a la variedad de sus recursos naturales y al vigor de la raza forjada en su enorme territorio.

Fundidos esos elementos al fecundo calor de la libertad económica, el esfuerzo individual, pudo alcanzar su máximo de eficiencia.

Admiramos, ahora, sus resultados. La fácil movilidad del trabajo y de los capitales estimuló, en cada parte del país, la explotación de las energías para los que estaban relativamente mejor dotados. Y la libre circulación de las mercaderías así producidas, permitió a los Estados Unidos gozar de todas las ventajas de una activísima división nacional del trabajo.

Si, por el contrario, cada Estado hubiera pretendido bastarse a sí mismo, erigiendo contra los otras barreras aduaneras y perturbando la espontaneidad de las corrientes

económicas, el país habría experimentado una considerable destrucción de riquezas.

Cuando los Estados del Este fueron inundados por la producción agrícola a bajo costo de los del Centro, primero, y de los Estados del Oeste, más tarde, no recurrieron a los derechos aduaneros para sostener su languideciente agricultura. Lejos de ello, concentraron la mayor parte de sus energías en la industria manufacturera, que devenía la actividad económica más productiva. De no hacerlo así, hubiesen substraído a esta última los capitales artificialmente desviados hacia una agricultura protegida. Y la industria manufacturera habría experimentado un doble perjuicio: el encarecimiento del costo de la vida de sus obreros, por una parte, y el estrechamiento del campo de expansión de sus productos, por otra, debido a que los Estados agrícolas no hubiesen podido comprarlos al no serles posible entregar los suyos en cambio.

La libertad económica entre los Estados evitó tal absurdo y al entregarse cada región al desarrollo de sus fuerzas productivas más genuínas, contribuyó con la mayor eficacia a construir la grandeza nacional.

Pero lo que es un equívoco dentro de las fronteras, no pierde el carácter de tal al rebasarlas y aplicarse a las relaciones económicas internacionales.

La evolución económica iniciada en los Estados del Este, se extiende ahora a todo el país. Predominan en las actividades manufactureras, cuya ingente producción requiere de más en más los mercados extranjeros. La población se ha elevado considerablemente y si bien una parte fundamental de la agricultura, debido a incesantes progresos de la técnica, logra mantenerse sobre una base de exportación, otra parte no puede substraerse a la tendencia hacia los rendimientos decrecientes, esto es, al mayor costo de producción, conforme ésta se extiende.

Sucede entonces que tales actividades agrícolas no resisten la competencia de las tierras de países nuevos como la Argentina. Pero en este caso se sigue una política diferente a la del caso de las tierras del Oeste, pues se han establecido derechos aduaneros para entorpecer o impedir la entrada de productos agrícolas del extranjero.

Es cierto que estos derechos tienen un carácter general y no se refieren exclusivamente a los productos argentinos. Pero prácticamente, recaen en ciertos casos sobre productos exportados en forma preponderante por la República Argentina. Así sucede, por ejemplo, con la carne vacuna "chilled" y el lino que, por otra parte, constituyen una proporción considerable de nuestra producción nacional.

Si la agricultura de los Estados Unidos no puede seguir desplazándose dentro de su propio territorio, ¿por qué no extender ese desplazamiento a los países nuevos como el nuestro?

En la República Argentina, como antaño en los Esta-

dos del Centro y del Oeste, el cultivo de la tierra y sus industrias derivadas constituye la actividad más conveniente, del punto de vista de la economía general.

Es ahí, pues, donde los Estados Unidos podrían abastecerse, a bajo costo, de los productos agropecuarios de que requieren y asegurarse, al mismo tiempo, una salida pro vehosa para su creciente producción manufacturera.

Pero para ello, se hace necesaria una franca revisión de las tarifas aduaneras. Los fuertes derechos prohibitivos con que gravan los Estados Unidos los productos agropecuarios, impiden la realización de todo beneficioso intercambio, por el momento. A este respecto, la posición de los Estados Unidos difiere de la de algunos países europeos con los que mantenemos estrechas relaciones comerciales. No es por la existencia de tarifas que estos países no importan mayor cantidad de productos argentinos o no pueden pagar precios más elevados, sino por la disminución de su poder de compra externo.

Si la República Argentina rebajase sus impuestos aduaneros aumentarían lógicamente las importaciones de productos manufacturados. En el caso de aquellos países europeos, el ascenso de sus exportaciones a la Argentina, elevaría su poder adquisitivo con respecto a nuestros productos y aumentaría nuestras exportaciones. En cambio, en el caso de los Estados Unidos, también se reforzaría su poder de compra externo, pero éste no podría ejercitarse en la demanda de carne y otros de nuestros principales productos agropecuarios, pues los altos derechos seguirían impidiendo su importación.

Por eso decimos que el punto de partida de este proficuo movimiento económico, estriba en la franca revisión de las tarifas aduaneras.

“Comprar a quien nos compra”

El contraste substancial en nuestro intercambio, estriba en el hecho de que si los Estados Unidos aumentasen sus compras en la República Argentina se elevarían en nuestro país las importaciones de artículos americanos, pues nuestra tarifa no lo impide. En tanto que si la Argentina acrecentase sus adquisiciones en los Estados Unidos, la tarifa de éstos no permitiría a nuestro país aumentar sus exportaciones de productos agropecuarios a los mercados de la Unión.

La circunstancia de que esta situación inequitativa y perjudicial del comercio argentino haya venido prolongándose en los últimos años, determinó a la Sociedad Rural Argentina a proclamar su lema: *“Comprar a quien nos compra”*. En términos accesibles, ha querido divulgar de este modo un principio de acción práctica, que aconseja no adquirir mercaderías de aquellos países que dificultan o prohíben prácticamente las importaciones de productos argentinos.

En esta forma, la Argentina concentraría sus compras en los países que a su vez le compran, con el fin de acrecentar recíprocamente el poder adquisitivo externo y activar, por consiguiente, el intercambio comercial con las ventajas que le son inherentes.

Habría de complementarse esta actitud con medidas tendientes a contrarrestar la inversión, en la Argentina, de capitales procedentes de naciones que traban las importaciones de sus productos.

Como todo país nuevo, la Argentina ha necesitado y necesitará grandes cantidades de capitales extranjeros para promover su desenvolvimiento económico.

Antes de la guerra sus principales acreedores han sido precisamente los mejores mercados de consumo para su producción agropecuaria.

La Gran Bretaña figuraba en primer término entre aquellos. Los capitales que la Argentina tomaba en préstamo en el mercado financiero de Londres llegaban en su mayor parte al país bajo forma de mercaderías producidas por la industria británica. O en otros términos, las operaciones de préstamo se traducían en el acrecentamiento de nuestro poder adquisitivo con respecto a las manufacturas de aquel país. A su turno, la República Argentina pagaba los servicios de interés y amortización de las deudas extranjeras, por medio de sus exportaciones, pues carece de medios para hacerlo en metálico.

Lo que significa que el capital extranjero se incorporaba a nuestro país bajo forma de importaciones y se pagaba mediante exportaciones.

En última instancia, pues, el poder adquisitivo creado por los préstamos, se transformaba en simples anticipos de artículos industriales extranjeros, a cuenta de futuras exportaciones de productos agropecuarios argentinos.

Además, esos capitales al invertirse en nuestro país, contribuían en mayor o menor grado al desarrollo de sus fuerzas productivas, esto es, de su capacidad exportable.

De ahí, que al contratar capitales extranjeros, necesitamos tener en cuenta, que para pagar sus servicios de interés y amortización, debemos aumentar el volumen de nuestras exportaciones, sin ocasionar por ello el descenso de los precios en el mercado internacional.

Este último problema no se presentaba antes de la guerra, pues en los países acreedores nuestra producción encontraba un mercado de creciente amplitud.

Después de la guerra, los Estados Unidos han adquirido gran importancia como país acreedor. La República Argentina, por su parte, ha contratado en ellos empréstitos de carácter público y privado. Pero para abonar sus servicios financieros, no puede enviar sus productos al mercado de la Unión, en razón de los fuertes derechos aduaneros que dificultan e impiden su entrada.

Nos vemos, pues, obligados a seguir remitiendo nuestros

productos agropecuarios hacia los mercados europeos, en donde ya gravitaban pesadamente, en desmedro de los precios que pudiéramos haber obtenido, si el mercado internacional fuese libre.

Resulta así, que el costo real de los servicios financieros se vuelve muy oneroso para nuestra economía nacional, al tenerse que efectuar en mercaderías depreciadas.

Por consiguiente, mientras por un lado recibamos con facilidad las importaciones de un país determinadas por los préstamos contratados en sus mercados financieros, por otro, ese mismo país dificulta sobremanera la entrada en su territorio de los productos agropecuarios con que tendríamos que pagar los servicios financieros.

En virtud de tales hechos, no nos conviene fomentar las inversiones en la República Argentina, de capitales de aquellos países que gravan fuertemente las importaciones de productos argentinos.

Y es evidente, en cambio, la ventaja de preferir como acreedores a aquellos países en que los productos argentinos encuentran un mercado accesible. En esta forma, al aumentar nuestras importaciones procedentes de esos países — debido al capital privado, — ofreceremos un estímulo a sus industrias manufactureras; del mismo modo que tales países fomentan nuestras actividades agropecuarias al recibir en pago de los servicios financieros los productos argentinos.

No debe olvidarse, por otra parte, que si de un punto de vista inmediato, es indiferente a un país acreedor la intensidad del esfuerzo que un país deudor tenga que desarrollar para hacer frente a sus cargas financieras; encarándo el problema con prespectivas más amplias, el interés permanente del país acreedor estriba precisamente en asegurar al país deudor las condiciones que contribuyan a su mayor prosperidad económica.

No constituye el principio, encerrado en el lema "Comprar a quien nos compra", la encarnación de un ideal permanente de política económica internacional, sino una norma de emergencia, mientras subsistan las barreras aduaneras, que perturban el desenvolvimiento económico de las naciones.

No implica esta norma de emergencia un sentimiento inamistoso hacia Estados Unidos, del mismo modo que no podría encontrárselo en la elevada tarifa de este país. Tal norma revela simplemente un espíritu de reciprocidad: es necesario estimular las industrias manufactureras de aquellos países que al adquirir nuestros productos fomentan a su vez el desarrollo de la República Argentina.

Nuestro ideal permanente de política económica no estriba, sin embargo, en excluir algunos países en favor de otros de nuestro intercambio, como pudiera suceder en un régimen de emergencia.

Por el contrario, queremos que en el ingente desarrollo de que es susceptible nuestro comercio internacional,

haya lugar para que todos los competidores cambien cantidades crecientes de artículos industriales por un volumen cada vez más grande de productos agropecuarios argentinos.

La convicción de que el gradual abatimiento de las barreras aduaneras ha de reportar a todos los países las clásicas ventajas del comercio internacional anima, justamente, las aspiraciones económicas de los agrarios argentinos, libres de toda capciosa interpretación del nacionalismo.

Impónese, pues, ajustar nuestra política aduanera al principio de reciprocidad, ya proclamado por la Sociedad Rural Argentina, en su lema: "Comprar a quien nos compra".

Con este propósito debemos estudiar seriamente la mejor forma de concertar tratados de comercio con aquellos países que facilitasen la entrada de nuestros productos, en cambio de ventajas concedidas en nuestra tarifa a esos países.

No se pretende el absurdo económica, de querer equilibrar las importaciones de un país, con las exportaciones al mismo. Sino que la reciprocidad, en definitiva, es el medio de estimular directamente la expansión industrial de los países, que al no poner obstáculos a la entrada de los productos argentinos fomentan el desarrollo de nuestras fuerzas productivas. Además, nuestra política de reciprocidad determinará a los países extranjeros a pesar con más cuidado sus medidas aduaneras en cuanto ellas puedan afectarnos.

Aspiramos a que una bien concebida red de tratados comerciales vaya puliendo gradualmente las asperezas del proteccionismo, en beneficio mutuo de las naciones.

No se nos oculta que una política semejante requiere mucha energía. En los EE. UU. no se cree siempre que seamos capaces de desarrollarla. Pero en nuestro gobierno y en nuestro pueblo, hemos de encontrar cuanta sea necesaria para sostener nuestros intereses nacionales.

Luis DUHAU,

Presidente de la Sociedad Rural Argentina.
Director del Banco de la Nación.